

Generaciones que hacen historia

Pequeños apuntes para un joven agredeño

Alejandro Núñez Motilva

Quizás no lo sepas, joven agredeño: en 1951 Ágreda tenía 500 habitantes más que hoy. Y en 1965 se llegaron a superar los 3.700 censados. Hoy, por desgracia, el núcleo de población se ha reducido hasta alcanzar poco más de 3.000, cota similar a la que había a finales del s.XIX... ¿Te imaginas lo que representan 700 personas menos?

Durante los años 60 las familias tenían cuatro, cinco o más hijos y aunque no existía la posibilidad de formarse más allá del Bachiller Elemental y muchos estudiaban fuera, en Soria o en Zaragoza, el pueblo tenía un bullicio infantil y juvenil importante. Un detalle: allá por 1968-70, Ágreda tenía 2 salas de cine y cerca de 20 bares y tabernas.

Hay quien dice que la despoblación de las zonas rurales en beneficio de las urbanas, en busca de trabajo y mejores condiciones de vida, supuso el comienzo de la pérdida de muchas tradiciones populares. Otros culpan a la llegada de la modernidad, la mecanización, la mejora del transporte, el intercambio cultural y los automatismos, la televisión y ahora las nuevas tecnologías, los que pusieron de su parte para hacer desaparecer costumbres arraigadas y, sobre todo, estilos de vida que han evolucionado con rapidez, resultado de la imposibilidad de aislarse de los cambios sociales.

En muchos casos eran costumbres ancestrales como las que hacían adaptar la vida a los horarios del sol, gastando poca luz con aquellas bombillas de apenas 20W que lucían solitarias y amarillentas siempre que no hubiese uno de esos frecuentes apagones que hacían echar mano de las velas o los candiles. Años de flores de hielo en los cristales de las ventanas, de nevadas y de sabañones en las orejas, de braseros de *cisco*¹ que se encendían al punto de la mañana en la puerta de casa porque el *tufo*² era peligroso y podía hacerte pasar de la modorrera a la muerte; de matanza y recogida de aliagas con las que calentar el agua que escaldaba al cochino en el matadero... Tradiciones que formaban parte de una austeridad aprendida



En Ágreda no eran canicas sino «pitones» y se usaban calles o plazas de tierra donde poder excavar el hoyo, el «guá».

de generaciones anteriores, única manera posible de «ir tirando», comprando poco y aprovechando lo que daba la *pieza* de tierra, la huerta y los cuatro animales que casi todas las familias tenían.

Hablamos de tiempos de «maricastaña» para vosotros y de «ayer» para los mayores, tiempos de estrecheces para todos, en los que los remiendos en las culeras de los pantalones y las albarcas o abarcas (hechas de neumático usado) con gruesos calcetines de lana eran frecuentes en la vida diaria, tanto como las ayudas «de los americanos» que se repartían durante el recreo de la escuela, consistente en un cacillo de leche «en polvo» que a veces sabía a «agarrado» y el trozo de queso fundido anaranjado que salía de grandes latas cilíndricas de 5 kilos y que, en muchos casos, ayudaban a cubrir en parte las necesidades calóricas que después se quemarían en las plazas, las calles o los corrales... O en las eras, cuando se programaban «guerras» entre los de la Virgen y los de San Miguel.

En las casas se escuchaban por la radio los concursos radiofónicos, las radio-novelas, algún partido europeo del Madrid o de la selección y coplas y más coplas. Y dos veces al día «el parte», el informativo de Radio Nacional de España con su rimbombante y pegadiza entrada musical. Y de vez en cuando, con el buen tiempo, Ágreda recibía la visita de algún circo «con leones» o músicos con cabra y escalera que se asentaban en la plaza del Mercadal o en la del Puente Caña. En la primera también se celebraban ferias de ganado para la compra-venta de mulas, guarros, ovejas y gallinas.

Los años 50-60 fueron tiempos de muchas necesidades y pocas expectativas, vividas por gente sencilla que hicieron historia con sus luchas diarias y fueron capaces de salir adelante a base de mucho trabajo y un estricto control de la economía familiar. Ejemplo de ello era la propina que por entonces recibían los críos los domingos, un «pesetón» (moneda de 2,50 pesetas), que llegaba para ir al cine y comprar unas pipas o unas chuches en el «Bobo». Cuando no había drones tele-

¹ Cisco: carbón vegetal de ramas pequeñas.

² Tufo: Emanación de monóxido de carbono que se desprende de la combustión imperfecta de estufas o braseros.

dirigidos pero una tabla con cuatro cojinetes viejos hacía las delicias de su propietario, sobre todo en las cuevas de la Virgen, de los Zapateros o del Hospital. Cuando todavía había chavales que trataban a sus padres de «usted» y una buena reprimenda no era maltrato infantil. Cuando los educadores no dudaban en imponer algún castigo físico y

si te quejabas en casa, tu padre te decía: «¡Algo habrás hecho!». Cuando en las calles había más carros y galeras que coches, existía el «reovecino»³ y la plaza tenía una farola que daba calambres en días de lluvia y si se tocaba, haciendo una cadena agarrados de las manos, la electricidad (las «garrampas») pasaban de uno a otro. Cuando las abuelas seguían vistiendo con «sayas» negras, hasta el tobillo, y alguna, sin duda necesitada, con la ayuda de un badil y una escobilla, recogía en la carretera los «carajones»⁴ de las caballerías, ricos en paja y granos sin digerir, para alimentar a sus gallinas. Cuando «el sereno» cantaba las horas, la sirena del ayuntamiento marcaba las pautas de mediodía y avisaba de los incendios, y «el Basilio» lo mismo pregonaba un bando municipal que la venta de «sardina anchoa grande en la pescadería de la Mercedes». Cuando el coche de «línea» tenía su parada en los Mesones...

Eran tiempos en los que la puerta de cada casa se cerraba sólo por la noche y la llave se colgaba en el interior de la «gatera» para los trasnochadores; los mayores tomaban el fresco las tardes de verano ante el portal, aposentados en sillas de anea o rudimentarios bancos, charlando con vecinos y amigos, teniendo cerca el agua fresca del botijo, pieza importante en cada casa. Tiempos en los que, durante las fiestas de San Miguel, había diez o doce terrizos con su cuba de limonada abierta a todos, agredños y forasteros. Tiempos en que un par de horas de caza representaban una buena percha de codornices, y una tarde de pesca en el canal de Dévanos, ayudados por un trozo de bazo, suponía un par de calderos de cangrejos, «de los buenos».



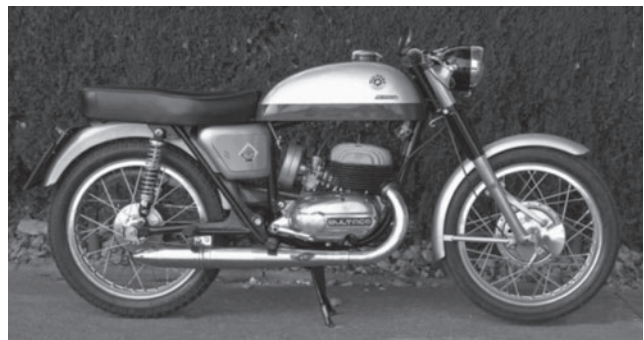
La foto no pertenece a Ágreda pero muestra el juego del «Burro va»... Churro, mediamanga, mangaentera o militar.

Entonces se tenía acceso a una tecnología básica y tan simple que no eran necesarias ayudas externas ni tutoriales, tan sencilla como descolgar el teléfono, girar el manubrio y decirle a la telefonista: «ponme con mi abuela» y ella, conocedora de todos sus abonados, sabía siempre

introducir la clavija en el contacto adecuado; o solicitarle una «conferencia»⁵ que igual podía tardar cinco minutos que tres cuartos de hora en obtenerla... a veces con un sonido imposible.

Esos años trajeron adelantos como la televisión, un solo canal que se veía, cuando se veía, apenas cuatro o cinco horas al día y que en muchos pueblos era la atracción del teleclub; las lavadoras, los frigoríficos, los radio-transistores, las cocinas, estufas (las famosas «Superser») y termos de butano y tantas cosas... El número de coches aumentaba poco a poco (la mayoría Seat y Renault), lo mismo que las motos, alguna Vespa, Lambretta y Guzzi, aunque como anécdota había una Bultaco azul y plata (200 cc, una «bestia» que llegaba a los 100 km/h) cuyo dueño había escrito sobre el depósito, bajo una cruz: «Bultaco Metralla, cita con la muerte». Luego llegarían las Montesas, Mobylettes y Derbis... El salario mínimo se creó en 1963 y se fijó en 60 pesetas diarias (0,36€/día, o sea 10,80 € al mes).

A pesar de que hoy pueden hacer sonreír, fueron adelantos que hicieron que cada generación haya vivido mejor que la anterior, con mayores comodidades que sus padres, pero no deja de ser cierto que, en el camino, se han ido perdiendo muchas tradiciones y juegos que hoy son impensables para cualquier joven agredño: ¿cuántos conocéis el juego del «marro», del «padre cucharilla cucharón» en los alrededores de la plaza o del «burro vá», donde estaba penalizado «ringarse»? ¿O el de las «tabas»?... Entre aquellos juegos y los actuales hay una diferencia fundamental: entonces se jugaba en la calle, en grupo y en continuo movimiento mientras que hoy jugáis sentados, en ambientes cerrados y a



Derecha, Seat 1400 que en 1958 costaba 140.000 pesetas. En Ágreda había varios que, además de uso particular, hacían servicio de taxi. Arriba, Bultaco Matralla de 1963, 20 CV de potencia a 7000 rpm.

³ Reovecino: Trabajo sin remuneración para la mejora de calles o tareas de limpieza que se asignaban a los vecinos de esa zona. Quien no podía o no quería trabajar debía aportar una cantidad que dependía de las horas asignadas.

⁴ Aunque carajón, etimológicamente, se denomina al excremento de la cabra, en Ágreda se le llama al de las caballerías.

⁵ Llamada telefónica a otro pueblo o ciudad que debía solicitarse con antelación.

menudo aislados.

Vosotros, la generación actual, habéis nacido en un entorno más «evolucionado» y ya no os extraña nada, inmersos en una vorágine tecnológica en la que las novedades son el pan nuestro de cada día, hasta el punto de que un niño, tu sobrino si lo tienes, con pocos años, maneja el smartphone mejor que su abuelo el mando a distancia de la tele. Aceptáis como lógico y natural los enormes avances de la ciencia, sin extrañaros de que un trocito de plástico pueda memorizar cientos de fotos o miles de libros, o que un satélite nos indique el camino, mientras que los que ya peinan canas, que han vivido la aparición de las sumadoras, luego de calculadoras y de los primeros ordenadores, han pasado de hablar de bites a gigas pero se siguen admirando ante cualquier novedad tecnológica.

Nunca en la historia la tecnología ha progresado tanto en tan poco tiempo. Vuestra generación ha nacido en plena evolución, mientras que la de vuestros padres la ha visto desarrollarse; por eso viven con más intensidad lo que para vosotros es algo normal.

Volviendo a las tradiciones perdidas, una de ellas, quizás de las más simples, era el volteo de campanas o, como se decía en Ágreda, «bandear las campanas» y estas líneas van dirigidas a todos los «mozos» de varias generaciones que participaron del bandeo y, sobre todo, a la nueva generación de agredaños, que sin duda vivís mejor que ellos... pero quizás no tan intensamente.

Ágreda tiene un mirador impresionante, totalmente desconocido para gran parte de sus habitantes: las torres de la Virgen de los Milagros y el pasillo que las une. Con sólo 10 o 12 años ya había críos que subían y los escalones en caracol, además de excesivamente altos para esa edad, se hacían eternos por aquella angosta escalera apenas iluminada por estrechas troneras y en la que difícilmente podían cruzarse con alguien que bajase. En aquellos años, antes de la gran reforma de la iglesia, eran de madera, en muchas partes desgastada, rota y carcomida por los siglos, que giraban como ahora en torno a un eje central y que llegaban incluso a marear a quien los subía o bajaba con cierta rapidez, que era la consecuencia uno de tantos riesgos asumidos que a veces venían acompañados por una caída que pudiese «esmorritarte», hacerte una buena «cachera» o, en el mejor de los casos, dejarte la piel de una rodilla.

Entonces, los motores eléctricos adosados a las campanas no existían. Arriba se comenzaba un día de fiesta bandeando y allí, cerca del cielo, podían reunirse doce o quince chavales y no tan chavales que se repartían los protagonismos por la fuerza o por amistad y, los más pequeños, como mucho podían acceder a bandear el campanín adosado al tejado (hoy desaparecido) mientras el grupo de los mayores se hacían dueños de las dos



Campana de la torre derecha.
Nombre: Santa María
335 kilos. Diámetro 96 cm.
Año de fundición: 1645

campanas grandes; la lateral, que da a la cuesta, que era y sigue siendo bastante más pequeña, quedaba inoperativa por el volteo de la mayor. Entonces era el momento de demostrar la valía, los reflejos y los arrestos, porque ver como pasa una mole de varios cientos de kilos cerca de tu cabeza, y del ruido que te mueve las tripas, era materia para quienes habían pasado con creces el grado de aprendiz. En definitiva, era un ejercicio de coordinación perfecta entre la mecánica del volteo y la exposición de cabeza y brazos a su zona de giro,

pero para muchos, todavía niños, suponía un acto de valentía, de osadía y de temeridad rayana en la heroicidad porque, mientras veían girar la campana, su imaginación hacía ver como alguno podía salir golpeado y arrastrado por la masa de bronce en un vuelo con destino conocido: unos veintiocho metros más abajo... El mismo vuelo que recorrió un enorme badajo que se soltó de la campana grande al romperse las tiras de cuero con las que se sujetaba, en plenas fiestas de la Virgen de los Milagros: para unos fue un milagro que cayese en una zona libre de gente, para otros fue la casualidad, pero ese día la muerte pasó de largo.

Entonces los yugos que servían de contrapeso eran de madera de roble, centenarios y de diseño característico, brillantes por el roce de los años y sujetos con herrajes de fragua, mucho más bonitos y estéticos que los actuales de metal.

Había especialistas en bandeo, y quienes lean esto se reconocerán, que llegaban incluso a generar una velocidad tal que el badajo no llegaba a tocar los dos bordes de la campana, llegando al punto en que era prácticamente imposible darle más velocidad porque el tiempo de giro entre el paso del gran yugo de madera centenario y el borde metálico de la masa de bronce era tan pequeño que apenas dejaba meter el brazo sin jugarse la crisma.

No era una costumbre local ni mucho menos, porque todos los pueblos tienen su campanario, pero mientras los otros pueblos volteaban las suyas, en Ágreda se bandeaba a golpe de brazo, que no era lo mismo. Y sentir el ruido y las vibraciones en todo el cuerpo era la mejor manera de comenzar un día de fiesta. Después vendría la parte mala si a algún crío se le ocurría decir algo en casa o si respondía con la verdad al preguntarle dónde había estado porque la regañina o la colleja era segura, por estar donde no tenías que estar... «¡Sólo se te ocurre a tí!»

Hoy, la gente joven, ni siente ni tiene la necesidad de cansarse subiendo por escalones retorcidos para bandear las campanas: «Hala tío, que para eso están lo motores». Pero muchos mayores, cuando oyen el sonido de las campanas actuales, tan homogéneo y tranquilo, siguen recordando con nostalgia los días en que arriba se apostaba a ver quién bandeaba más rápido.



Campana de la torre izquierda.
Nombre: Virgen de los Milagros
267 kilos. Diámetro 89 cm.
Año de fundición: 1997